

DOS POEMAS

PRIMERA VISION DEL FIN DE LAYE

*Esta es la voz que sueña el primer sueño.
Esta es la voz que narra lo soñado.
Laye era noble. Un derroche de cúpulas doradas.
Torres serenas donde los patricios
recamaron los mármoles en oro —caricia de las brasas
sobre los puros hielos de las construcciones,
premonición incierta del desastre.
Un galeote hundido —una estrella se apaga—
¡qué poco enluta a los hijos de Mercurio!
Argos enriquecida, la ciudad transmuta
el pulso del piloto en un rumor de sedas
sobre las blancas pieles de sus hijas de lujo
lésbicas son, y lo mejor de Laye,
recitan sus poemas mortuorios, adivinan
las grietas en los frescos, en los muros
que las sepultarán,
y ya no habrá más juego delicioso.
Un galeote hundido poco enluta.*

*Esta es la voz que narra lo soñado.
Nuestra nave zarpaba suavemente
y Laye ardía sus cúpulas de oro,
llamas del sol poniente o incendio verdadero,
tanta belleza impura al rojo vivo,
fin de un sueño en mi sueño, doloroso.
Y atónito en la popa, solitario testigo
llamé a mis compañeros de viaje:
«¡Arde Venecia! ¡Qué será de nosotros!»*

*Pero mis camaradas, mis amantes, amigos
dentro de los sollados y salones
esclavos permanecen al manejo
del oficial de juegos o de hipposis.
(La cubierta desierta asiste al fin de un mundo
y se crece la mar con estelas de sangre.)*

*No alivia el despertar a la borrasca
del cemento sin oro, trepidante:
en los ojos rojizos transida un hundimiento,
en la voz narradora no hay futuro,
las sábanas hostiles como el mar de fondo.*

SEGUNDA VISION DEL FIN DE LAYE

*Es sórdida esta voz de lo soñado.
Multitudes de Laye forman colas
frente a sus torres de cristal y acero,
mercenario reclamo de dominio,
placer envilecido, obsceno.
Se arremolinan en su afán nocturno,
desarraigan memorias, agostan un deseo
en otro tiempo suyo, insobornable.
Les han dicho:
«¡Gozad la fiesta que os está dispuesta!
Laye os libera de un ayer oscuro.
Serás lo que poseas, hombre nuevo.»*

*Mas la ciudad del sueño ¡majestuosamente!
deriva torre a torre sobre el barro,
buque negrero que se abisma en calma
con su carga de esclavos y en silencio.
(Por pura crueldad la luz es blanca.)
Odioso cataclismo miserable
donde muero, lo sé, con rabia y asco
ante mí propia muerte prematura,
sórdida, ajena, sin amor, sin nombre.*

JOSE LUIS JIMENEZ-FRONTIN